

Vamos con tus hermanos. A su bosque
El indio volverá
A morir con su raza y con los fuegos
De su salvaje hogar!

La voz del indio suena dulcemente,
Como suenan las auras
En los bosques del *Hum*, cuando las sombras
Que durmieron en él se desparraman.

Blanca lo escucha como se oye el eco
De canción olvidada,
Que en ráfagas acude á la memoria
Sin que la voz consiga formularla.

Pende en los labios de la absorta niña
La tímida palabra
De la trunca oración, y mira y sigue
Al indio con atónita mirada.

En sus ojos azules ha creído
Ver algo que esperaba,
Algo como la estrella de las tardes
Que en las riberas alumbró sus lágrimas;

Punto de luz en que miraba acaso
Aquella madre blanca
Que se acostó á morir bajo los ceibos
Y en el dolor de su hijo despertaba.

La niña vió la luz en el abismo;
Y alguien que habló en su alma:
" Esa es, le dijo, tu soñada lumbre,
Pero ese abismo sólo Dios lo salva ".

Todo lo comprendió, y amó al salvaje
Como las tumbas aman;
Como se aman dos fuegos de un sepulcro
Al confundirse en una sola llama;

Como de dos deseos imposibles
Se aman las esperanzas,
Cual se ama, desde el borde del abismo,
Al vértigo que vive en sus entrañas.

CANTO QUINTO.

I.

¿Quién es ese indio pálido que cruza
Las lomas solitarias,
Y atraviesa el chircal y los bañados,
Y una virgen conduce en sus espaldas?
Camina vacilante como un ebrio;
En convulsiones rápidas
Se sacuden sus miembros, y en sus brazos
Oscila á veces la preciosa carga.
Es el indio imposible, el extranjero,
El salvaje con lágrimas,
La última gota de una sangre fría
Que aún no ha bebido la sedienta pampa.

II.

El sol ha recorrido
La mitad de su marcha,
Y los viajeros sin cesar caminan
Al través de las lomas solitarias.

Oyen por todas partes
La metálica voz de la chicharra,
Y al *mamangá* que zumba dando vueltas,
Y al *camoatl* que hierve entre las ramas;

El trémulo volido
De la perdiz lejana,
Y, en el quebracho, el golpe vigoroso
Del *carpintero*, leñador con alas.

El aire está poblado
De susurros que pasan;
Como en un velo de cristal envuelto
El campo brilla entre aureolas diáfanas.

Con intervalos breves,
Del arbusto en las ramas,
Su cantarcillo igual lanza el chingolo,
Prolongando la nota con que acaba;

Y se oye repetida
A diversas distancias,
La misma melodía quejumbrosa
Que va, viene, contesta, ruega ó llama.

El zorro entre las chircas
Su larga cola arrastra,
Huyendo á saltos y volviendo á veces
El puntiagudo hocico entre las zarzas;

La pesada cabeza
Inclina el cardo seco; de su blanda
Plumazón se desprenden las semillas
Como enjambres de estrellas apagadas,

Que vuelan en flotantes remolinos,
O en el suelo se arrastran;
Se detienen, y emprenden nuevamente
Su camino sin rumbo atolondradas.

Y, con Blanca en los brazos,
El indio no descansa;
Camina lento, sin cesar camina
Dejando atrás las lomas solitarias.

III.

Cruzan por los bañados
Cubiertos de espadañas
Sobre las cuales desarrolla al aire
Su penacho gentil la paja brava;

Allí los mirasoles
Abren sus verdes alas,
Y lanzan estridentes alaridos
Los pesados *chajás* en las barrancas.

Tiemblan los amarillos pajonales,
Y brillan las *tacuaras*,
Y, entre los cardos secos y caídos,
Cruzan la lagartija y las iguanas.

Quejidos de palomas invisibles,
Y voces de calandrias,
Y notas como golpes sonoros
De los dormidos sauces se desgranán,

Y pueblan el silencio de los aires
Mezclados con las ráfagas
De aromas puros, hálito del campo,
Y de perdidas flores ignoradas.

A grave paso y lento, la cigüeña
Recorre las cañadas,
O rozando los juncos al alzarse
Los abanica con sus alas blancas,

Y, vogando á compás firme y solemne,
Tranquila se adelanta,
Y se aleja, y se aleja hasta perderse
Diluída en el aire y la distancia.

En las aguas inmóviles
Se reflejan las garzas,
Que dormitan ó cruzan cadenciosas,
Como formas de espuma, entre las cañas;

Los insectos se cuelgan
En sus hilos de plata,
O trepan por sus redes, que parecen
Hebras de sol ó cristalinas arpas;

Y con Blanca en los brazos
Sigue el indio su marcha,
Despertando á su paso en la maleza
Los venados, que huyendo se levantan,

Y en la lejana cumbre de la loma
A mirarlo se paran,
Proyectando en el cielo la silueta
Del cuerpo esbelto y enramadas astas.

IV.

Y los viajeros siguén.
Y sobre ellos las águilas
En inmensos balances se remontan
Del transparente espacio soberanas.

Gritan los teru-teros,
Cuyas alas armadas
Zumban en vuelo sesgo y atrevido
Que el aire en todas direcciones rasga.

O corren por el suelo,
Y huyendo se agazapan,
Abandonando el nido silenciosos
Para gritar después á la distancia.

Brillan entre las flores
La pequeña coraza
Y la armadura azul y el yelmo de oro
Del picaflor, armado por las auras,

Para librar temblando
Sus rápidas batallas
Contra los genios que invisibles flotan,
Y los ovarios de las flores guardan.

Y todo para el indio
Luce, resuena y pasa,
Como adioses confusos y postreros
Que se van para siempre y que se abrazan.

Él sigue, sigue siempre
Con Blanca en las espaldas;
Nada escucha; su cuerpo ya no tiembla;
Ya las heridas de sus pies no sangran.

No ha salido del labio del charrúa
Ni una sola palabra;
El movimiento de su paso es dulce
Como el balance de una cuna. Blanca

Sobre el brazo, en el hombro del salvaje,
La cabeza descansa;
Las horas cierran sus hinchados párpados;
La virgen duerme... Por sus labios pasa

El aliento á compás, y en ellos deja
Una sonrisa amarga,
Lejana transparencia de un ensueño
Que se mueve en el fondo de su alma.

V.

Se ha detenido Tabaré de un sauce
 Bajo las ramas trémulas;
 Está inmóvil, absorto; para el indio
 La dulce niña aniquiló la tierra.

Sólo siente en su oído acompasada
 La tibia intermitencia
 Del aliento de Blanca que, dormida,
 Sobre un hombro descansa la cabeza.

Percibe sus latidos melodiosos
 Que el pecho le golpean,
 Como el ritmo de un canto sin sonidos
 Que sin tocar su cuerpo á su alma llega.

El indio no se mueve; como en éxtasis
 En sus brazos conserva
 A la virgen que duerme, como el ave
 Duerme en el nido que en la rama cuelga.

VI.

Se acerca el sol á la última colina,
 Y Blanca no despierta;
 Duerme tranquila. Su jornada el indio
 De nuevo emprende cuidadosa y lenta.

Su pie desnudo, por guardar silencio,
 Esquiva la hoja seca;
 Su mano, sin esfuerzo, suavemente
 Separa la silvestre enredadera;

Del lugar en que anida el teru-tero
 Con cuidado se aleja,
 Por evitar sus gritos que de Blanca
 El dulce sueño interrumpir pudieran.

Y sigue, y sigue, y cruza, unas tras otras,
 Las colinas desiertas;
 Se pierde en el cardal de las cañadas,
 Y aparece de nuevo allá en la cuesta.

VII.

¿Los véis allá en la loma? El viento fresco
 De la tarde que llega
 Despierta á la española que, en su torno,
 Derrama la mirada con sorpresa.

¿Cómo pudo dormir? Un raro ensueño,
 Que casi no recuerda,
 Acaba de volar dejando en su alma,
 Como el calor del pájaro que vuela

Queda en el nido, un rastro de algo triste
 Que á precisar no acierta;
 Algo como un acorde, cuyas notas
 Siguen vibrando aún, pero dispersas.

Blanca mira al charrúa. Con el dedo
 Éste á la virgen muestra
 Una columna de humo que, á lo lejos,
 Sobre la masa de árboles se eleva.

¡El Uruguay!

¡San Salvador!

La niña

Una mirada intensa
 Ha clavado en los ojos del charrúa
 Azules y tristísimos. La estrella

Brillaba en ellos, pálida, lejana,
 Agonizante y trémula,
 La estrella solitaria de las tardes
 Que las colinas últimas pasea.

El indio miró á Blanca, y sobre el pecho
Inclinó la cabeza;
Su mirada era fría y extenuada
Cual la última que envía entre las breñas

El inerme venado que allí muere
Sin lanzar una queja,
Lamiéndose la herida dolorosa
Y ya sin sangre en su costado abierta.

La niña, sobre el hombro del charrúa,
Y entre las manos yertas,
Ocultó el rostro, cual si hubiera oído
Una angustiada inesperada nueva;

Algo como el anuncio de la muerte
Que ya tarde nos llega,
De alguien que al espirar nos ha llamado
Y que oímos tal vez sin darnos cuenta.

¿Qué ha visto Blanca al despertar, y hallarse
Con la mirada aquélla?

¿Porqué rompió de pronto en un sollozo
Y en un llanto de lágrimas acerbadas?

Lloraba á gritos con el rostro hundido
Entre las manos gélidas,
Y al través de sus lágrimas miraba,
Levantando un momento la cabeza,

Al indio en cuyos brazos se veía,
A la corriente inmensa
Del Uruguay, y á la columna de humo
Que se elevaba transparente y lenta.

VIII.

Tabaré oyó de Blanca los sollozos
Con muda indiferencia;
Impasible, perdida sin posarse
Entre los aires su mirada muerta.

Estaba en pie, pero insensible, frío,
Frío como la tierra;
Parecía extenuado; mas de pronto,
Como empujado por ajena fuerza,

Su cuerpo helado descendió la loma
Con la española á cuevas
Cuyos largos sollozos resonaban
En la salvaje soledad desierta.

Y el grupo aquel, atravesando el llano
En siniestra carrera,
Como la sombra que en el suelo cruza
De obscura nube que los vientos llevan,

Se hundió en la sombra del cercano bosque,
Cuyos talas y ceibas
Parecieron cerrarse tras el paso
Del indio y la española.

Tal se cierran

Las aguas ó el sepulcro, en cuyo seno
Se hunden ó se despeñan
La flor que se desprende de su rama,
Y el hombre que resbala de la tierra.